

XIII. MARÍA, LA MUJER SAMARITANA. MADRE DE JESUCRISTO, Y DE TODOS LOS DEMÁS SAMARITANOS.

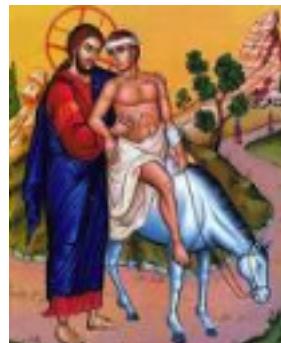
1. Meditación inicial. Propongo este texto tan conocido del evangelio de Lucas como el pórtico apropiado para hilvanar la conexión entre Jesucristo, arquetipo del Buen Samaritano, la significación *samaritana* de la Virgen María y su condición de modelo al respecto, junto a Jesús, para todos los demás samaritanos que en el mundo han sido, son y serán:

... tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril ... María se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel (Lc 1, 36.39).

2. Introducción. En la parábola del Buen Samaritano no hay referencia di-

recta o explícita a María. Sin embargo,

Lucas hace dos observaciones en su evangelio que, junto con el texto que encabeza este guión, sitúan a María como una de las claves nucleares para intuir el origen de la parábola, y para comprenderla desde la figura de Jesucristo y la de la Iglesia.



El primero de los textos, repetido dos veces por Lucas con muy leves variantes, alude a la atención con que María *conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón* (Lc 2, 19.51), es decir, todo lo relativo a su experiencia como madre a lo largo de la infancia de Jesús. El otro texto es complementario al anterior por el plus de significación que le añade: *Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres* (Lc 2, 52). Puestos ambos textos en relación de significado vienen a decirnos claramente que el

crecimiento corporal y espiritual de Jesús -el Hijo de Dios *haciéndose hombre* en el hogar de Nazaret- venía impulsado día a día durante la llamada *vida oculta*, por el sustento y la educación que recibía de *sus padres*,¹ María y José.

De ellos se sirvió abiertamente Dios Padre para comenzar inculcando en la humanidad de Jesús el mensaje de compasión-misericordia, que luego él reflejaría en la parábola y figura del Buen Samaritano. Vistas así, las *cosas guardadas en el corazón* por María iban rebrotando en el día a día de la convivencia familiar, en forma de pedagogía constructora del carácter, actitudes y comportamientos humanos del Hijo de Dios e Hijo suyo.

Por eso, no es improcedente afirmar que el impulso generoso con que el Samaritano de la parábola *se acercó* decididamente al herido, aflora del mismo manantial que movió a María a *ponerse deprisa en camino* para ayudar a su embarazada pariente Isabel.

2. Desde el camino de mi vida. A partir del año 1998 soy, por decisión del Cardenal Arzobispo de Madrid, consiliario de la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes y, como es ampliamente conocido, la primera tarea encomendada a esta institución eclesial consiste en organizar las *peregrinaciones diocesanas con enfermos y discapacitados* al mencionado santuario mariano del sur de Francia. Dos veces al año, en Mayo y en Octubre, se pone en marcha esta experiencia de hondo calado espiritual, en la que peregrinamos al encuentro de Bernadette, la cual *nos lleva* a María y ésta, a su vez, a Jesús. Tales son las tres sencillas etapas del viaje interior que nos marca la espiritualidad cristiana y mariana propia de Lourdes.

Estas peregrinaciones son, a su modo propio, el *camino de Jerusalén a Jericó*, en el que abundan los enfermos *heridos* en el camino de su existencia, los samaritanos que les cuidan y, gracias a Dios, brillan por su ausencia gentes como el sacerdote y el levita de la parábola.

3. María, la Mujer Samaritana. Al sorprendente e inesperado mesianismo de

¹ Expresión tomada literalmente de Lc 2, 41.

Jesús,² que impregna y configura su modo de ser *samaritano*, corresponde recíprocamente el carácter samaritano de María. Tanto la Sagrada Escritura, como la Tradición de la Iglesia³ así lo atestiguan. En el *camino de Jerusalén a Jericó* que constituyó su vida en este mundo, aparece unas veces *herida* y, por ello, necesitada de la ayuda de otros samaritanos; en otras ocasiones se la ve *acogedora, cuidadora* compasiva y misericordiosa. Los evangelios dejan constancia de estas dos caras con las que alternativamente María va reflejando en clave femenina, la figura, mensaje y actividad de Jesucristo, el Mesías Samaritano.

También la Tradición de la Iglesia muestra muy a menudo en su pensamiento teológico (la Mariología), en sus festividades litúrgicas marianas, en la poesía, pintura y escultura, en los santuarios dedicados a las diversas advocaciones de Nuestra Señora, en sus romerías patronales, en las peregrinaciones a los mismos y en las devociones de la piedad popular, la doble condición samaritana de Santa María. Veámoslo con un mínimo detalle.

3.1. ... y a ti misma, una espada te atravesará el alma (Lc 2, 35). Este himno del Oficio divino, en la festividad de la Virgen de los Dolores, pone en boca de María *las heridas* que ella fue sufriendo, y que le había profetizado el anciano Simeón.

<i>¡Ay, dolor, dolor, dolor, por mi Hijo y mi Señor. Yo soy aquella María del linaje de David. ¡Oíd, hermanos, oíd la gran desventura mía. A mí me dijo Gabriel que el Señor era conmigo, y me dejó sin abrigo,</i>	<i>más amarga que la hiel. Díjome que era bendita entre todas las nacidas, y soy de las doloridas la más triste y afligida. Decid, hombres que corréis por la vida mundanal, decidme si visto habéis igual dolor que mi mal.</i>
--	---

² Es decir, el representado por el Siervo exaltado por Dios como Señor, el terapeuta herido, el sanador enfermado, el Pontífice compasivo, envuelto en debilidad, ... Basta repasar los guiones anteriores.

³ En sus pronunciamientos dogmáticos, sus desarrollos teológicos, sus expresiones litúrgicas y sus devociones populares.

*Y vosotras que tenéis
padres, hijos y maridos,
ayudadme con gemidos,
si es que mejor no podéis.*

*Llore conmigo la gente
alegres y atribulados,
por lavar cuyos pecados
mataron al Inocente.
¡Mataron a mi Señor,
mi Redentor verdadero!*

*Miradme, ¿Cómo no muero
con tan extremo dolor?
Señor Santa María,
déjame llorar contigo
pues muere mi Dios y amigo,
y muerta está mi alegría.
Y, pues os dejan sin Hijo,
dejadme ser hijo vuestro.
¡Tendréis mucho más que amar
aunque os amen mucho menos!*

Los episodios de la pasión, muerte y enterramiento de Jesús fueron quizá los más dramáticos por lo que se refiere a sentirse afligida y desamparada, pero no fueron los únicos. En su vida hubo otros momentos y circunstancias que hubieron de afectarle también muy dolorosamente. Entre ellos cabe señalar:

- a.** Las habladurías y comentarios de la propia familia y de la gente al verla embarazada antes de que José y ella *vivieran juntos* (Mt 1, 18); las dudas y el dolor callado que percibía en el propio José, ante una evidencia a la que no sabía dar una explicación humanamente satisfactoria.
- b.** El parto de Jesús en Belén, a cuyo dolor físico se sumaron las condiciones materiales y ambientales, tan precarias como las que apunta Lucas en su evangelio, al decir que *envolvió al niño en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el albergue* (Lc 2, 7).
- c.** Su reacción humana, previsiblemente de dolorida sorpresa, ante el mencionado anuncio de Simeón: *Una espada te atravesará el alma* (Lc 2, 35).
- d.** Los episodios de la persecución de Herodes y la huida a Egipto (Mt 2, 13-18) con todos los sobresaltos, penurias y estrecheces propias de la vida de las personas amenazadas, perseguidas y exiliadas.
- d.** La angustia por el extravío de Jesús en Jerusalén, y la perplejidad dolorida que le hubo de producir la respuesta de Jesús, cuando finalmente le

encontraron: *Y, ¿por qué me buscabais?*, tras el reproche que ella le hizo: *Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo te hemos estado buscando angustiados.* Lucas apunta significativamente a continuación que *ellos no comprendieron la respuesta que les dio* (Lc 2, 49s).

e. El vacío dejado por Jesús en el hogar de Nazaret, al marcharse a la vida pública, y las noticias ambivalentes –unas tranquilizadoras, otras preocupantes- que a María le llegaban sobre las reacciones de la gente y de las autoridades judías respecto de la actividad pública de su Hijo.

f. La dolorosa repercusión anímica que María debió sentir al oír a Jesús decir a sus oyentes que *su madre y sus hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen* (Mt 12, 46-50).

g. La muerte de José, su esposo y padre en la tierra de Jesús, y el duelo por su viudedad, acontecimiento no documentado expresamente en los evangelios. No obstante, en la Iglesia se tiene a San José por patrono y abogado de la *buena muerte*, al atribuirle haber fallecido en brazos de Jesús y de María.

A la vista de todos estos hechos, María puede y debe ser considerada la imagen ejemplar de cuantos son *heridos*, maltratados en el camino de su vida, y requieren compasión y ayuda samaritanas.

3.2. En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre (Lc 1, 44). Leyendo esta exclamación, sorprendida y gozosa, de Isabel que veía llegar a su prima María para ayudarla en su embarazo y parto, podemos imaginar los sentimientos, gestos y palabras de garitudo pronunciadas por el *herido* de la parábola, sabiéndose auxiliado por el samaritano, cobijado en la posada y atendido también por el posadero. Teniendo en cuenta ambas observaciones, voy a enumerar a continuación las ocasiones en las que se atisba más claramente el perfil samaritano de Nuestra Señora:

a. María, la samaritana acogedora y cuidadora de Emmanu-el. Ya

desde la *posada* de su seno materno, María fue la acogedora y cuidadora de *Emmanu-el, Dios con nosotros*. Lo registra Mateo al comienzo de su evangelio (1, 22s), citando la profecía de Isaías 7, 14, y lo pone Lucas en boca del arcángel Gabriel: *Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo ...* (Lc 1, 31). María aparece aquí como la *samaritana de Dios* que se hace hombre.

b. La samaritana de Isabel, el pequeño Juan y Zacarías en Ain-Karim.⁴

c. Lo mismo cabe decir de Jesús a lo largo de su crecimiento y maduración humana. En este caso el camino mariano de Jerusalén a Jericó pasaba por Nazaret, Belén, Egipto y vuelta a Nazaret. Y con Jesús, José fue también el beneficiario de los *cuidados* samaritanos de María.

d. *No tienen vino* (Jn 2, 3). María, la samaritana de los novios en Caná de Galilea: *Haced lo que él os diga* (Jn 2, 5); y la madre que indica al Hijo que *le ha llegado la hora* de convertirse en Buen Samaritano (2, 3s).

e. *Mujer, ahí tienes a tu hijo* (Jn 19, 26). María al pie de la cruz, la madre samaritana de los cristianos y de todos los hombres.

f. *Todos ellos perseveraban en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús ...* (Hech 1, 14). María, la samaritana orante de la Iglesia en gestación, a la espera de Pentecostés.

4. Vuelta al camino de mi vida. Las peregrinaciones a los santuarios marianos como Lourdes o Fátima resaltan con toda claridad el carácter samaritano de María. Durante su transcurso los fieles peregrinos y enfermos manifiestan una y otra vez el sentimiento de haber sido acogidos por nuestra Señora, aliviados y consolados por ella, como lo fueron Bernadette Soubirous o los pastorcillos de Fátima. Una y otros representan a cuantas personas reciben el cuidado solícito y entrañable de la que es Madre de todos, especialmente de los enfermos, afligidos y pecadores. Así lo he venido experimentando en cada una de las treinta peregrinaciones que he realizado ya como consiliario al santuario de Lourdes.

⁴ Ver el texto inicial del guión.

5. Preguntas para la reflexión individual o en grupo. a. ¿Qué lugar ocupa en tu vida espiritual la figura de María como mujer samaritana?

b. ¿Es para ti un ejemplo de sufrimiento ejemplar? ¿Y de acicate como la mujer-madre que ama, acoge y cuida?

5. Oración final. *Madre de todos los que sufren,*

mujer acogedora de todos los llantos.

Madre que acompañas a todos los enfermos,

sobre todo a los angustiados, a los tristes, desorientados, y marginados;

a los que no tienen a nadie que les陪伴e

en sus dolores y sufrimientos.

Madre de todas las lágrimas,

de los enfermos incurables, de los crónicos, de los enfermos mentales.

Madre, acompaña a estos enfermos,

escúchales, infúndeles ánimo, esperanza y fuerza

para luchar y salir de su temor, de su angustia y de su miedo.

Madre, ayúdale a sentirse personas dignas de estima,

a tener ganas de vivir, a preocuparse también por los demás.

Y a nosotros, Madre, infúndenos tu espíritu,

para que sepamos acompañar

a todos estos enfermos y a cuantos les cuidan.

Que les ofrezcamos nuestra presencia y apoyo,

les comprendamos y les ayudemos en cuanto necesitan

para su cuerpo y su espíritu. Amén.

